

Entre la literatura y la práctica política. Una aproximación a la Venezuela de Rómulo Gallegos

*Between literature and political practice. An approach to the
Venezuela of Rómulo Gallegos*

Lisandro Angelini

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.
angelini@cea.unc.edu.ar

Enrique de Goycochea

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.
degoyco@cea.unc.edu.ar

Fecha de recepción: 28 de octubre de 2013 · **Fecha de aprobación:** 21 de enero de 2014



Este artículo está publicado en acceso abierto bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Colombia.

Resumen

La trayectoria de Rómulo Gallegos, reflejada en sus obras literarias, así como en su rol intelectual y político, resulta una opción pertinente para el análisis del pensamiento de este autor durante el período de consolidación del modelo de Estado-Nación venezolano moderno. Así, el objetivo general de este trabajo es determinar la interacción entre la producción literaria de Rómulo Gallegos y el proceso de construcción del Estado-Nación, teniendo como referencia las condiciones sociales, culturales y políticas del espacio venezolano y el contexto latinoamericano del siglo XX. En tanto que como objetivos específicos se persigue, en primer lugar, identificar el rol intelectual de Gallegos y principalmente el impacto de su obra durante la primera mitad del siglo XX. En segundo lugar, analizar las preocupaciones políticas del autor, y el modo en que estas condicionan y contribuyen al contenido de sus narraciones literarias.

Respecto al abordaje metodológico de la investigación, este se ha planteado en términos cualitativos, debido al carácter del problema y los objetivos definidos. Se ha realizado paralelamente una lectura profunda de las fuentes obtenidas, así como de la bibliografía en general, procediendo a su recolección y organización de las mismas siguiendo la lógica de los objetivos propuestos.

Los resultados a los que nos ha conducido el relevamiento de las fuentes y la bibliografía, ponen de manifiesto que el intento de reconfigurar el relato fundacional venezolano desde la ficción literaria, por un lado, y el objetivo de consolidar un proyecto político renovador, por otro, si bien gozaron de una amplia difusión editorial, no pudieron verse materializados desde la práctica política, ya que un golpe de Estado, que alejó a Gallegos tempranamente del poder ejecutivo, reinstauró en Venezuela una visión republicana tradicional y un gobierno elitista y autoritario.

Palabras clave: diversidad, educación, integración, personalismo, renovación política.

Abstract

The trajectory of Romulo Gallegos, as reflected in his literary works as well as in his intellectual and political role, is a pertinent starting point for the analysis of the author's thought during the period of the consolidation of the modern Venezuelan Nation-State model. In relation to the general aim of this work, the main idea is to determine the interaction between Romulo Gallegos' literary production and the Nation-State building process, taking into account the social, cultural and political conditions of Venezuela and the latinoamerican context of the 20th century. In reference to the specific objectives, the idea is in the first place to identify the intellectual role of Gallegos and especially the impact of his work in the first half of the 20th century, and secondly to analyze the writer's political concerns and the ways in which these condition and contribute to the content of his literary narrative.

Concerning the methodology, this research has been conducted in qualitative terms due to the character of the problem and the objectives put forward. The sources obtained as well as the general bibliography have been examined thoroughly, and have been gathered and organized according to the logic of the proposed objectives.

The conclusions we draw after having examined the sources and the bibliography, show that the attempt to reconfigure the foundational narrative of Venezuela by way of literary fiction on the one hand, and the aim of consolidating a renewed political project on the other, though they had a wide editorial broadcasting did not materialize in any political practice because a *coup d'état* that moved Gallegos away early from the executive power, re-established in Venezuela a traditional republican vision and an elitist, authoritarian government.

Keywords: diversity, education, integration, personalism, political renewal.

Introducción

[...] la de las inmensidades misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborígen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país. Venezuela del descubrimiento y la colonización inconclusos.

Gallegos, [1935] 1984, p. 17

Este artículo se desprende de las investigaciones que actualmente llevamos adelante como miembros del equipo “Actores políticos y sociales en los espacios locales y regionales latinoamericanos, siglos XIX y XX”, que dirige el doctor Javier Moyano desde el CEA (Centro de Estudio Avanzados) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Siguiendo entonces la propuesta de trabajo y los objetivos planteados por el equipo para el período 2012-2104, hemos encontrado oportuno revisar los derroteros conceptuales por los que transitaron ciertos intelectuales venezolanos al momento de “pensar la nación” durante el siglo XX, y el modo en que se vincularon políticamente con su sociedad.

Ahora bien, el contexto social venezolano de la primera mitad del siglo XX se presenta, como mínimo, sumamente complejo. Uno de los principales aspectos que no tarda en revelarse a la mirada escrutadora del historiador, es un espacio geográfico atravesado de lado a lado por un cúmulo de tensiones que parecieran hallarse permanentemente en su máxima expresión. Se percibe al medio cargado de una estática siempre a punto de estallar, que late en los oídos y que anuncia aquellas tormentas que descargan de golpe todas sus energías sobre las selvas que han tragado a muchos hombres hacia profundidades aún desconocidas, inexploradas y sin explotar. De acuerdo con Rómulo Gallegos, todavía en las décadas de 1920 y 1930 grandes extensiones del continente americano esperaban ser “exploradas por los sentidos y las emociones” (Gallegos, [1935] 1984, p. 143). Pero en la caracterización literaria de estos inmensos paisajes, donde la soledad y las distancias eran los atributos comunes a todos ellos, aparece lo que nosotros entendemos como una tesis muy propia de la obra de Gallegos y de la de muchos escritores latinoamericanos del siglo XIX. Dicha tesis podemos enunciarla a modo de interrogante: ¿dónde residen las tensiones de un espacio vacío? Las selvas, las llanuras, los ríos inexplorados, las montañas que enmarcan centenares de valles desconocidos, no pueden realmente ser los soportes de dichas

tensiones, a menos que no estén vacíos, y si no lo están, ¿quién o quiénes los habitan?, ¿quién quiere habitarlos?, ¿para qué se quiere habitarlos?

En el caso de la Venezuela percibida por Gallegos, y reflejada en sus escritos, encontramos, por un lado, un territorio extenso, heterogéneo en cuanto a la diversidad y exuberancia de los paisajes descritos con un realismo apabullante, pero por otro lado, estas extensiones revelan una relativa homogeneidad respecto a una seguidilla interminable de regiones, donde una a una van sucediéndose sin interrupción en el tiempo y en el espacio. A su vez, muchas voces las habitan: negras, indias, mestizas, europeas, norteamericanas, etc., sin llegar a definirse una voz propiamente venezolana. Y es que la nacionalidad, “lo venezolano”, está reinterpretándose a partir de la fusión de todos los elementos arriba señalados. Las voces que pueblan los textos del autor son muchas y una a la vez, son los pueblos nativos que, vencidos por el imperio del invasor, han quedado relegados a los rincones más alejados de las selvas, son los esclavos negros que bailan al ritmo del tambor en torno al fogón durante las nohécitas de San Juan, son algunos europeos prisioneros de una extraña enfermedad que no tiene nombre, pero que se revela encendida frente al temor de tener que abandonar algún día una tierra que traga y mata, pero sin la cual ya no es posible vivir. La misma tierra, las mismas selvas y llanuras sin nombre son muchas y una a la vez son y es Venezuela.

Así es que, a medida que vamos adentrándonos en el mundo que revelan los textos de Gallegos, vamos cayendo en la cuenta de que tratamos con espacios efectivamente conformados por grandes distancias, aunque no están realmente vacíos. Incluso, las tensiones visibles dentro de este territorio presentan marcadas diferencias respecto a las que podemos encontrar en otros marcos espaciales latinoamericanos, como por ejemplo el caso de las llanuras rioplatenses, donde los intelectuales argentinos creen encontrar cierta rigidez estructural en una geografía estancada, y donde salvo el canto solitario de las aves no suele escucharse sonido alguno que rompa el silencio monótono de una tierra voluptuosa pero dilapidada. Aquí, para un intelectual como Sarmiento, el indio no solo no tiene voz, sino que tampoco tiene forma. El único indicio de su existencia es el quejido de la pampa frente al trepidar de los cascos de sus caballadas, y la polvareda que levantan sobre un horizonte muy lejano y atravesado por las luces de atardeceres que se suceden unos a otros en un espacio inconmensurable, sobre todo sin tiempo, en el que en su seno no reina elemento social o político alguno, carente de todo orden y de toda ley, y cuyo principio explicativo es la pura materia de la naturaleza. No obstante, se perciben

también ciertas similitudes entre gran parte de la obra sarmientina y la de Gallegos, referente a la necesidad de mensurar, medir y establecer la existencia histórica de los llanos, es decir, la urgencia de darle una realidad temporal al desierto, mediante el diseño de un proyecto que establezca un destino cierto para la potencialidad que duerme en la tierra.

Llegados a este punto, no queremos dejar de aclarar que traemos a colación a Sarmiento, ya que su obra proporciona un marco referencial de gran importancia respecto a la construcción conceptual que se establece en América Latina en cuanto a las características que hacen a lo “civilizado” y las que hacen a lo “bárbaro”, características que venimos esbozando desde unas líneas más arriba. Y si bien no podemos precisar en las fuentes y bibliografía disponible que Gallegos haya leído algún texto sarmientino, sí podemos afirmar, de acuerdo con los conceptos trabajados por Elías J. Palti, que la obra de este último dejó profundas improntas en gran parte de la intelectualidad latinoamericana, sobre todo en lo referente a la enorme energía contenida en los llanos y los desiertos americanos y a la naturaleza de la desconcertante paradoja que Sarmiento se proponía revelar: ¿cómo fue que la *barbarie*, aquello que es la pura negación de la historia, adquirió de repente carácter histórico, es decir, entidad política, al consagrar en el poder al caudillismo? (Palti, 2009, p. 68).

Ahora bien, mientras el territorio argentino hacia la segunda mitad del siglo XIX también se presenta cargado de tensiones, sobre todo porque no todos los actores políticos del momento perciben dicho espacio y a sus habitantes de la misma manera y porque obviamente tampoco estaba vacío, el venezolano, siempre a través de la percepción del autor en cuestión, aunque se manifieste como una tierra dilapidada, desaprovechada, a diferencia del argentino muestra tensiones mucho más *flexibles*. Esto es así, o al menos nosotros lo percibimos de este modo, al comprobar que la obra de Rómulo Gallegos supera de algún modo el determinismo con que es percibido el ámbito del Río de la Plata por el autor de *Facundo*. Da la sensación de que para Gallegos es necesario realizar una síntesis superadora de las contradicciones inherentes al cuerpo social de su país, visibilizándolas en primer lugar, al darle a cada habitante su propia voz, dentro de un relato literario que busca dar cuenta de una Venezuela que contiene en su interior una diversidad cultural que ya no puede ser desconocida y un drama histórico que tampoco puede seguir siendo desoído: el de los aborígenes venezolanos “que bajo el régimen de la encomienda o de la misión no hicieron sino perder vigor y la frescura de la condición genuina, sometidos como braseros inconscientes a

un trabajo ajeno a sus necesidades” (Gallegos, [1935] 1984, p. 174), pero si “aquello solamente le reportó la Colonia, menos aún y a veces peor le ha dado la República” (Gallegos, [1935] 1984, p. 174).

Tal como se desprende de su vasta obra, en la idea de Gallegos quedarán incluidas todas las voces de una Venezuela que comienza a consolidar un Estado-nación moderno, aunque el autor tampoco parece escapar al molde ilustrado positivista. Es decir, que si bien existe la intención de construir una comunidad más cohesionada pese a su heterogeneidad cultural, donde es necesario reinterpretar el modo en que es percibido el entorno para poder integrar a los actores sociales que la república del siglo anterior no ha tenido en cuenta, aun así el autor reflexiona sobre las posibilidades reales de progreso que tiene el país sobre lo que podemos considerar los ejes más sólidos del positivismo americano, en cuanto a la necesidad de construir un modelo de desarrollo que aproveche los recursos hasta entonces dilapidados del medio geográfico, y que canalice la enorme fuerza contenida en la *barbarie* al servicio de una *civilización* material y cultural cuyo objetivo final es alcanzar el ideal de progreso occidental decimonónico, o en otras palabras, consolidar un espacio geopolítico específicamente situado en la temporalidad histórica. Se abre de este modo, y de manera un tanto paradójica, la posibilidad de trasladar la lucha entre *civilización* y *barbarie* a una nueva dimensión, y este desplazamiento dimensional provee a Gallegos las pautas para realizar su síntesis, por un lado, e intentar su probable superación, por otro.

Asumir la complejidad del entramado social venezolano

Hay ciertos aspectos de la realidad latinoamericana, que atañen también a Venezuela, y que no podemos dejar de analizar y desarrollar si queremos entender mejor el modo en que un intelectual como Rómulo Gallegos percibía la “reconstrucción” de la nacionalidad venezolana a mediados de la década de 1930, tal como lo podemos inferir a partir del contenido de sus textos.

Como hemos venido reiterando, respecto de su obra escrita, el autor se enfoca en los dramáticos rasgos de la Venezuela en que le ha tocado vivir. Ante todo observamos que, más allá de la cuidadosa estética literaria que prevalece a lo largo de ella, también se encuentra presente una clara voluntad de comunicar una “moral” o una ética que debiera rescatar a su pueblo de la decadente corrupción que lo aqueja. Tan es así que en 1927 realizó un viaje por el país: uno de sus objetivos era conocer mejor

los llanos venezolanos y así documentarse para su próxima novela. El resultado sería *Doña Bárbara*, publicada en 1929, novela que representa aquella Venezuela cruel, insensible por la corrupción, la traición, el despotismo, la falta de libertad, el latifundismo, la injusticia y la brujería. No obstante, en el melodrama también se muestran los matices de una realidad poco conocida, la existencia de una raza que ama, sufre y espera para luchar contra la dictadura desenfrenada de aquel entonces. En dicha obra el progreso está personificado en Santos Luzardo, y el atraso, impuesto por el determinismo geográfico, en el resto de los personajes, especialmente en doña Bárbara. Es una novela en la que puede identificarse una observación profunda del mundo, y su intención va más allá de lo literario. Persigue un fin social, un cambio en la sociedad, la obra muestra la clásica y casi compulsiva obsesión de Rómulo Gallegos por incidir en la realidad venezolana rural y salvaje del siglo XIX, en la que la guerra había sido la única vía de solución y donde la voluntad y la ambición del déspota de turno se habían constituido en los únicos motores de la historia del país posterior a las guerras independentistas. Era preciso, entonces, imponer un orden justo basado en el imperio de la ley, ya que esta, para Gallegos, constituía el armazón espiritual de toda sociedad.

Las publicaciones de *La trepadora* (1925), *Doña Bárbara* (1929) y *Canaima* (1935) coincidieron con la insinuación de un porvenir histórico distinto a esa Venezuela del siglo XIX que lentamente había empezado a desaparecer durante los años de la dictadura de Gómez. El universo literario de Gallegos puede contemplarse como la respuesta del escritor ante esa encrucijada. Es un universo que erige símbolos que actúan como respuestas ante las circunstancias sociopolíticas de la coyuntura. Los personajes de sus relatos no son solamente individualidades inmersas en sus problemáticas personales, sino que sus peripecias suelen aludir a valores y creencias propias del autor y su acontecer es siempre representativo de un acontecer mayor: el del país.

Incluso ya desde muy temprano Gallegos había esbozado un diagnóstico para la etapa histórica que se abría a partir de la muerte de Castro. En los quince artículos que publicó en la revista *La Alborada*, se refería una y otra vez a lo que calificaba como los males nacionales que habían ido acumulándose a lo largo del tiempo. También insistía en la necesidad de despertar a Venezuela de su letargo y en colaborar en la tarea de reconstrucción nacional. A este respecto es muy significativa la oración con la que finalizaba la editorial N.º 5 de la revista en 1909: “Ya podemos pensar alto y debemos ser sinceros”. Este deber de sincerarse involucraba

a todos los actores sociales, en su tarea de llevar a la nación por la vía del progreso hacia un futuro prominente, insinuado en las enormes fuerzas del país contenidas en la intimidad de su geografía y su población.

Frente a su diagnóstico, postulaba también algunas soluciones: la creación de nuevos partidos políticos asentados sobre reales bases ideológicas y propuestas programáticas concretas. La otra gran propuesta de Gallegos, de fundamental importancia según él para el porvenir venezolano, era transformar un sistema educativo tradicional, inoperante y contrario a toda finalidad formadora de voluntades democráticas. Para tal fin, según el autor, los venezolanos debían ser innovadores en sus hallazgos y logros. Por supuesto que, a raíz de semejante audacia y sinceridad, el gobierno de Gómez no tardó en clausurar la publicación de *La Alborada*. Disuelta la revista, comenzó a escribir sus primeros cuentos para otra publicación de la época: *El Cojo Ilustrado*. En ellos, “la voz de la ficción continuó la voz de la idea, sin embargo su propósito se mantuvo inalterado: testimoniar el país” (Fauquié, 2008, p. 7).

Pero también, era esencial reconocer en la tradición cultural la existencia y orientación de muchos signos y creaciones que deberían ser preservadas, ya que no solo eran parte de la historia nacional, también constituían rasgos que existían en lo más profundo del carácter venezolano, y bien canalizados podían rendir frutos provechosos.

Ahora bien, para el autor, tal como ya mencionamos, la única vía de progreso posible era el cumplimiento de la ley y de los mecanismos colectivos del bien común que iban más allá de los simples personalismos e instintos particulares. A este respecto, existía en Gallegos una preocupación central en torno a la concepción que él tenía de un fenómeno típicamente americano: el caciquismo, el cual en su novela *Canaima* es personificado en Joaquín Ardavín, cacique político y “la suma de todos los defectos posibles” (Gallegos, [1935] 1984, p. 30), ya que este protagonista central de la novela en cuestión concentra un poder personal que actúa como contrapunto en la evolución socioeconómica de la región que administra: interrumpe la posibilidad de desarrollar un mercado moderno mediante el acoso y el hostigamiento a los comerciantes que no obedezcan a su voluntad, posee una influencia política que tiene la capacidad de disipar la autoridad central en su jurisdicción, y además, cuenta con la posibilidad de echar mano a un pequeño ejército privado que obedece sus órdenes sin el más mínimo cuestionamiento. Además, sumado a todos estos factores, “[e]l movimiento popular se desviaba de sus propios fines al girar en torno a estas figuras, como si solo para pro-

ducirlos y encumbrarlos se hubiera derramado tanta sangre” (Gallegos, [1937] 1958, p. 152), debido a que el cacique político está inmerso en un entramado relacional que lo vincula directamente con importantes familias del país, a lo cual podemos agregar que también es dueño de una personalidad sumamente atrayente, construida en parte por su carisma personal y en parte por una publicidad erigida en torno a su figura que le otorga en el imaginario social poderes sobrenaturales.

A través de la producción literaria de Gallegos es posible identificar entonces cuáles eran, según él, algunos de los males que habían caído sobre la república y que debían ser reparados de manera definitiva para la plena realización de una nación integrada al concierto internacional e integradora de todas las identidades que nucleaba en su interior. Y para lograr dichos fines había que erradicar a aquellos actores políticos que, tal como los “ardavines”, eran hombres valerosos de la sangrienta historia de las revueltas armadas, que, “cual renitencias convulsivas de las profundas conmociones de las guerras de independencia y de la federación, continuaban sacudiendo al país” (Gallegos, [1935] 1984, p. 47). No obstante, los de Gallegos ya no eran los tiempos de la “hegemonía absoluta de los prestigios regionales” (Gallegos, [1935] 1984, p. 71). Y esto último es así, precisamente porque al momento en que Gallegos escribe sus novelas más acabadas, la “estirpe” de los caudillos se apagaba indefectiblemente ante la consolidación de las estructuras institucionales del Estado nacional.

En efecto, son recurrentes los pasajes de *Canaima* donde podemos leer que, más allá del poder personal con el que todavía cuentan, los ardavines, así como otras familias caudillescas, son presentados como una familia en decadencia, víctima de conflictos y rencillas internas en las que está en juego un patrimonio material muy fragmentado y ya bastante reducido. La desmedida ambición personal, la sed de venganza y la ausencia de orden son presentados por Gallegos como los elementos que provocan la ruina y la deslegitimación de esta “raza” vinculada generacionalmente a los orígenes del proceso emancipatorio.

Así pues, los cuentos y las novelas de Rómulo Gallegos constituyen, no solo una serie de relatos que, aunque ficcionales, se erigen como mediadores entre las circunstancias propias de una época y el modo en que su autor las percibe y las comunica, sino que también forman parte de una realidad histórica en la medida en que sus textos generan “tipos” que, al corresponderse con una totalidad social, particularizan de modo sintético en una serie de personajes o en una situación rasgos generales del contexto histórico. De acuerdo con Horacio Biord, “la literatura es ficción,

pero esa ficción se alimenta de la realidad empírica e histórica... el escritor percibe de una determinada forma esa realidad y la transforma en una nueva, otra realidad” (2004, p. 92). Siguiendo a Lukács, uno de los mayores teóricos de la sociología de la literatura a nuestro entender, sostenemos junto con él que “existen diferencias básicas en el modo de configuración artística de los escritores, según que estos participen o no de la vida social, si participan de sus luchas o solo son observadores” (1989, p. 239). Por esta vía, un novelista de las características de Gallegos, sensible a las problemáticas sociales, puede reflejarlas en sus obras, las que vienen a ser una suerte de re-creación de la realidad percibida por este, ya que, tal como señala Lukács, “al escritor no le basta una clara visión política y social, también precisa inevitablemente la clara visión literaria” (1989, p. 240).

En relación con los conceptos enunciados más arriba, podemos afirmar entonces que sus novelas también se constituyen en fuentes primarias y directas para el estudio del contexto social de la Venezuela contemporánea a Gallegos.

Respecto a *Doña Bárbara*, publicada en España tras el exilio que su autor se autoimpuso por temor a ser vinculado al régimen gomecista debido a que el propio Gómez lo consideraba su futuro ministro de Educación, podemos decir que no solo fue escrita en la misma época en la que está ambientada su relato, sino que su autor viajó para vivir una experiencia que luego re-creó, convirtiéndola en realidad “ficcional” mediante la documentación de datos etnográficos en la región donde fue ambientada esta historia, en los llanos de Apure. El jefe civil, por ejemplo, era una de las figuras más representativas del gobierno de Gómez, y en *Doña Bárbara* es enfatizada dentro del repertorio del imaginario social gomecista.

De tales preocupaciones, pues, nació un gran interés por las particularidades sociales regionales, tanto es así que Miliani catalogó la obra de Gallegos como fruto del maestro del “superregionalismo”. Además, del análisis de sus obras se desprende que la situación interna del país no escapaba a los obstáculos que se interpusieron en la formación de los Estados nacionales latinoamericanos, en los que sobresalía, de acuerdo con Ansaldi y Funes, la heterogeneidad estructural heredada de la Colonia. Este aspecto se aprecia fundamentalmente en la dimensión política, en primer lugar, como una tensión entre dos tendencias: una al centralismo y otra a la fragmentación regional. También puede intuirse, mediante una exhaustiva lectura de *Canaima* y *Doña Bárbara*, que para su autor las instituciones locales, desde la organización de los pueblos nativos hasta la precaria organización de los servicios laborales y las estructuras

caudillescas de poder, inhibieron y obstaculizaron el desarrollo de un mercado libre de tierras y mano de obra, debido a que “para los comerciantes criollos y los pequeños capitalistas, podía ser sentencia de ruina o de muerte la enemistad de los caciques” (Gallegos, [1935] 1984, p. 50).

A causa de estos factores, para que pudiese tener lugar un desarrollo capitalista en Venezuela, no solo debía acrecentarse la capacidad de los atributos estatales a fin de administrar la economía, sino que también debía efectuarse un reordenamiento de su sociedad. El Estado venezolano de la primera mitad del siglo XX, por reciente e incompleto que pareciera, resultaba ya un instrumento ineficaz para resolver los problemas sociales, políticos y económicos. Por ende, la solución propuesta por Gallegos, que puede adivinarse a través del formidable poder de metáfora de su narrativa, radicaba en la integración de aquellas diversidades culturales e identitarias a las que hemos hecho referencia, en la construcción de un Estado moderno renovado. Este proyecto es el que pocos años más tarde tratará de llevar adelante como una propuesta política programática, desde su participación directa en Acción Democrática y luego desde la presidencia de su nación, hasta el momento de su derrocamiento y posterior exilio.

Derrocamiento que fue llevado a cabo fundamentalmente, entre otras razones, por el terror que inspiraban a los grupos dominantes de la sociedad venezolana las “díscolas” masas que empezaban a hacerse visibles en los centros urbanos del país, y que comenzaban a amenazar seriamente la “paz”, el “orden” y la debilidad estructural de una burguesía que aún no encontraba la estabilidad institucional que necesitaba para su definitivo despegue. De 1945 a 1948 Venezuela ensayó sus primeros pasos a favor de un gobierno democrático y más incluyente, pero los reflejos y el instinto de supervivencia de los sectores hegemónicos, tanto de las élites económicas como de las militares, interrumpieron este proceso.

En síntesis, quisiéramos destacar una frase muy significativa escrita por el propio Gallegos en referencia a las intenciones que perseguía como escritor: “Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitations de la angustia venezolana” (Gallegos, [1954] 1977, p. 96). Tanto desde su papel como novelista, como desde su función política, Gallegos siempre mantuvo la voluntad de comunicar su percepción del contexto venezolano y la forma que entendía como la mejor posible para integrar una sociedad heterogénea y fragmentada. El resultado fue una producción literaria que, según algunos intelectuales del país, sin ella los venezolanos seguirían siendo en gran parte “extraños” en su propia tierra. Aunque deberíamos relativizar esta última afirmación, ya que es posible

constatar que solo a partir de la publicación de *Doña Bárbara* su obra logró una llegada masiva a las librerías y por ende al público lector, el que por otra parte estaba constituido por los grupos letrados de la sociedad venezolana, no pudiendo verificar en las fuentes disponibles cuál fue realmente el alcance de los textos galleguianos en los sectores sociales, cultural y económicamente, más postergados.

Gallegos y la Generación del 28

Ya desde sus primeros escritos publicados en *La Alborada*, Gallegos señalaba que era tarea de intelectuales contribuir a la formación cultural del pueblo, de la nación. En un artículo publicado en 1912 indicaba que, de acuerdo con su percepción, uno de los problemas fundamentales del país era la necesidad de cultura, y particularmente la necesidad, más perentoria aún, de emprender una acción educadora, que en el contexto social de Venezuela estaban llamados a dirigirla los intelectuales, o al menos esto es lo que deseaba Gallegos.

En los proyectos que motivaron la creación de *La Alborada* se percibe mucho entusiasmo juvenil y también, por qué no decirlo, algo de ingenuidad en los esfuerzos por despertar el “espíritu nacional dormido”. A la vez, en sus artículos Gallegos se lamentaba de que debido a la falta de un acatamiento a las leyes y de respeto por las instituciones, el venezolano se hubiese acostumbrado a esperar todo de algún hombre fuerte que, periódicamente, vociferara promesas y ofreciera soluciones. Para combatir estos obstáculos, que se interponían en la construcción de una sociedad con perspectivas concretas de progreso, el grupo de escritores que formaban parte de la redacción de la revista mencionada postulaba que el único camino posible era la creación de partidos políticos con auténticas propuestas programáticas y un sistema educativo que formara individuos aptos para la vida en democracia.

Educar para formar ciudadanos con conciencia social y con vocación democrática era el modo de iniciar un proceso de superación nacional. En su artículo “Revista de Instrucción Pública”, y en los otros cinco agrupados bajo el título “El factor educación”, vemos cómo Gallegos comienza a profundizar en lo que consideraba el principal problema educativo venezolano, es decir, el hecho de no haber formado ciudadanos ni haber enseñado a vivir democráticamente. Su propuesta era clara: había que reformar la educación para transformar la sociedad. Y nuevamente aquí podemos encontrar algunos puntos en común con otros pensadores

latinoamericanos, entre los que por supuesto también se encuentra Sarmiento, en el sentido de que tanto este último como Gallegos, independientemente del contexto geohistórico donde se desenvuelven, parecen plantear sus proyectos educativos, tal como respectivamente han indicado a lo largo de sus estudios Mónica Marinone (2006) y Tulio H. Donghi (2005), imbuidos de cierto *eros* pedagógico, en la medida en que se perciben a sí mismos como los poseedores de un determinado acervo de ideas que resulta fundamental, esencial, para la definitiva consolidación de la nación, y el que necesariamente debe ser transmitido a la sociedad para que esta pueda madurar el tránsito a la modernidad.

Educación para la democracia significaba entonces comenzar por reformar un aparato educativo que siempre había actuado como anulador de voluntades, o, en palabras del propio Gallegos:

Nuestra educación, herencia latina que conservamos como un timbre de raza, es la menos apta para exaltar [...] las virtudes que se requieren en un pueblo para su engrandecimiento [...] bastaría solo con decir que ella obra sobre la individualidad como una presión aniquiladora. Obra suya es la falta de iniciativa personal que nos caracteriza, causa a su vez del estancamiento económico y moral de Venezuela y a la cual hay que referir también la razón de nuestro personalismo político. (Gallegos, 1909, p. 59)

Aunque es posible advertir aquí una visión de corte netamente positivista, en la que al sistema educativo vigente en Venezuela se le atribuye un “timbre de raza latina” que estimula la pereza intelectual, entre otros “vicios” propios de tal raza, también es percibido como retrógrado con relación a las nuevas exigencias sociales y económicas. La reforma de él es imprescindible entonces para estimular el progreso material y cultural de la sociedad.

Andando el tiempo, las propuestas de una educación para la democracia y de nuevos partidos políticos apoyados sobre bases ideológicas concretas se fueron configurando en una sola idea: un partido político integrado, principalmente, por intelectuales honestos y, sobre todo, idealistas. A través de sus publicaciones el autor regresa una y otra vez a la misma idea: el “vigor” del ideal será la única manera de alentar cualquier propósito político.

Juan Liscano señala que “la literatura para Gallegos ha sido un medio y no un fin [...] el sentir ético se ha impuesto y ha modelado su inspiración estética. Constructor antes que inventor, maestro antes que artista, educador antes que inspirado” (1961, p. 8). De esta manera, es posible que

sus ideas hayan influido en alguna medida sobre toda una generación de jóvenes venezolanos que, con el correr del tiempo, se convirtieron en los protagonistas de la modernidad política de Venezuela.

En síntesis, en un mundo aislado, al que no llegaban las noticias de lo que estaba pasando más allá de Maiquetía, Rómulo Gallegos, desde el Liceo de Caracas, y por una casualidad histórica, dirigía la formación cívica de una generación considerada por muchos intelectuales venezolanos como la más importante del siglo XX: la Generación del 28, de la que formaron parte no solo los fundadores de los partidos políticos modernos, sino aquellos que también condujeron el desarrollo cultural y científico de Venezuela.

La llamada Generación del 28 surgió de un grupo de universitarios que protagonizaron los sucesos de la Semana del Estudiante, en febrero de 1928, y es considerada un hito de su país dentro de un proceso iniciado durante las primeras décadas del siglo XX, signado por el particular contexto americano y global, marcado por procesos tales como la Revolución mexicana en 1910, la Revolución rusa de 1917 y la reforma universitaria en Argentina, en 1918, así como el surgimiento de una vanguardia literaria venezolana, con la que Rómulo Gallegos, aun cuando no tuviese afinidad estética-literaria, sí compartió una decidida oposición al régimen gomecista (Bohórquez, 2002, p. 137). Conformaron un movimiento de carácter académico y estudiantil que derivó en un enfrentamiento con el gobierno de Juan Vicente Gómez. Lo que inicialmente fue un proyecto restringido al ámbito de la Universidad Central, se transformó en una propuesta destinada a la modificación del sistema político venezolano que cuajó en un fracasado intento de derrocamiento del régimen, llevado a cabo con la colaboración de algunos oficiales del Ejército, y que estalló el 7 de abril de 1928. En 1929, algunos de ellos, habiendo sido detenidos previamente, fueron expulsados del país, y otros, eligieron voluntariamente el exilio. Después de la muerte de Gómez, con las perspectivas de cambio y renovación que parecían insinuarse en el país, regresaron como un grupo compacto que pretendía desarrollar proyectos comunes, sin embargo, muy pronto comenzaron a escindirse. Algunos se retiraron de manera definitiva de la vida pública para dedicarse a otras actividades; hubo también quienes se destacaron por su aporte en los ámbitos artísticos y científicos, tales como Guillermo Meneses, Miguel Otero Silva, Felipe Massiani y Antonio Arráiz, del primer grupo, y Rodolfo Quintero y Juan Bautista Fuenmayor, del segundo. Pero en el seno del grupo más combativo se formó el núcleo de los futuros partidos políticos.

La importancia de la Generación del 28 en la historia contemporánea de Venezuela radica en algunos aspectos fundamentales. En primer lugar, un dictador como Juan Vicente Gómez tuvo que enfrentar a un grupo de estudiantes que, actuando en conjunto, plantearon la lucha política en un ámbito hasta entonces insospechado: la ciudad. A partir de ese momento las batallas políticas del siglo XX venezolano se dirimieron en las calles, mediante huelgas, paros y diversas manifestaciones populares. Ámbito que, por cierto, también resultaba inédito hasta para el mismo Gallegos, el cual siempre fue “narrador de los márgenes, toda su novelística evade ese centro de poder político que es Caracas, para aludir, más bien, en su producción ficcional, a una crisis de cultura, de poder” (Bohórquez, 2005-2006, pp. 6-13). Sin embargo, aun cuando acordamos con Bohórquez que la obra de Gallegos retorna una y otra vez a la “periferia” del territorio del país, hacia lo todavía desconocido e inexplorado, manifestando, si no una crisis cultural, sí una serie de reflexiones en torno a los rasgos identitarios del venezolano, también es posible advertir que el autor alude en algunas ocasiones al desconcierto y al mismo tiempo a la atracción que provoca en la juventud venezolana el crecimiento, por momentos vertiginoso, de la vida urbana caraqueña, tal como podemos observar en el argumento de *La Trepadora*, o en algunos pasajes de *Doña Bárbara*, cuando Santos Luzardo, siendo todavía un niño, es de alguna manera “arrancado” de su medio “natural” para ser educado en Caracas. Experiencia que vive con una profunda sensación de desarraigo, hasta que paulatinamente logra adaptarse a su nuevo entorno.

En segundo lugar, el carácter colectivo de la Generación del 28, expresado en el término “generación”, formó parte de otro importante rasgo de ruptura con la historia política del siglo XIX: la despersonalización del poder, donde podemos observar la relativa materialización de una de las soluciones propuestas frente a lo que constituía una de las principales preocupaciones de Rómulo Gallegos, respecto a lo que él entendía era uno de los males más perniciosos heredados del pasado nacional. Aunque debemos aclarar, no necesariamente se desprende de las fuentes disponibles que haya sido responsabilidad directa del mismo Gallegos el surgimiento de dicho grupo de intelectuales, ya que no existe el modo de identificar hasta qué punto influyó a la Generación del 28, por un lado, y por otro, debemos tener en cuenta la propia iniciativa de los jóvenes frente a un sistema político cuyas carencias eran percibidas por amplios sectores de la sociedad.

Pero aun cuando no podamos establecer un estrecho paralelismo, sí podemos asemejar algunas acciones emprendidas por este grupo de estudiantes con los deseos de Gallegos. Dicho en sus propias palabras:

Necesitamos combatir la acción del individuo sobre la colectividad, favoreciendo por el contrario, la acción dentro de la colectividad. Todos nuestros males derivan de ese afán de todos los venezolanos por imponer la acción personal. Pero el progreso del país no puede ser obra de uno sobre muchos, sino obra de todos a la vez, resultado visible del mejoramiento espiritual. (Dunham, 1957, p. 205)

Quizá sea este entonces uno de los motivos por los que pese a la cantidad de liderazgos presentes en los sucesos de 1928, como por ejemplo el de Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Raúl Leoni y Otero Silva, entre otros, ninguno tuvo un protagonismo especial, predominando la unidad del grupo frente a cualquier individualidad, lo que será un adelanto de la disciplina partidista moderna.

Por último, con esta generación se introdujeron nuevas ideologías a Venezuela, renovando el arco de alternativas políticas entre los intelectuales primero y luego en el resto de la sociedad, y a las cuales no pudieron adaptarse las viejas formas de liderazgo de neto corte caciquista, como la de Gómez y más tarde la de Contreras. Podemos decir entonces que, con la Generación del 28, se introdujeron los elementos de cambio que le permitieron a Venezuela romper definitivamente con el siglo XIX e ingresar de lleno al siglo XX. De este modo, el deseo de Gallegos, en alguna medida, pudo materializarse:

No soy un escritor de novelas ni para solazarme en humanas miserias ni para evadirme de la realidad [...] sino que por obra de costumbre docente aspiro a que mi mundo de ficción le retribuya al de la realidad sus préstamos, con algo edificante. (Gallegos, [1954] 1977, p. 129)

En síntesis, no podemos pretender encontrar una correlación exacta o una linealidad ininterrumpida entre el pensamiento de Gallegos y las futuras prácticas políticas de los jóvenes a los que por circunstancias históricas casuales le tocó educar, ya que estas también obedecieron en gran parte a las necesidades socioeconómicas que surgieron a partir de la modernización de la vida cotidiana en general. No obstante, tampoco podemos obviar que el plan “Barranquilla”, suscrito por un grupo de venezolanos directamente implicados en la insurrección contra Juan Vicente Gómez, estaba firmado, entre otros, por Rómulo Betancourt y

por Raúl Leoni, ambos antiguos discípulos de Gallegos, aunque hay que mencionar también que hubo en el período otros importantes profesores con influencia sobre las nuevas generaciones. Dicho plan perseguía nuevas conquistas sociales para el país, justo en el momento que comenzaban a percibirse los signos de hitos históricos diferentes, que abrían para Venezuela un nuevo camino hacia su porvenir.

Es entonces de este modo, a nuestro entender, que Gallegos también puede ser vinculado, al menos en términos analíticos, a la Generación del 28; es decir, como uno de los principales referentes del movimiento literario venezolano de principios del siglo XX, y también por su papel político, el que a su vez se condice con este “movimiento”, y su consiguiente intervención en la vida pública. Si bien a los fines analíticos es posible escindir la trayectoria política y la obra literaria de Gallegos y construir sendos objetos de estudio a partir de esta división, en el campo de las prácticas operan de una manera integral, reuniendo un conjunto de posicionamientos y posibles interpretaciones respecto de la finalidad de su obra, de esta manera podemos conjugar su pensamiento y su acción política desde su *eros* pedagógico, entendiendo la función mediadora de su obra como necesaria, en tanto diversos sectores de la realidad social puedan reconocerse en ella, permeando en cada momento sus diagnósticos, sus posicionamientos y la manera en que ellos se modifican con el devenir del tiempo histórico de su nación.

Algunos rasgos contrastantes

José Alberto Olivar denomina al período comprendido entre los años 1936 y 1945 como la etapa del “pretorianismo potencial o latente” (2011, p. 114), debido a que el conjunto de las Fuerzas Armadas asumió un papel de árbitro de la política nacional, tanto durante la gestión de Contreras como en la del general Angarita. Si bien no se proscribió la actividad política, a la vez que se permitió una relativa libertad de prensa, la dirigencia militar de dicho período mantuvo una actitud de contralor social muy efectiva. Así es que la cotidianidad del país se desenvolvía de manera permanente bajo el ojo vigilante de las Fuerzas Armadas, las cuales habían sido erigidas en guardianas de los intereses económicos de las élites dominantes y como garantes del mantenimiento del *statu quo* establecido.

No obstante, con el golpe militar de noviembre de 1948 se trató de demostrar a la nación la capacidad de la joven oficialidad del Ejército para ejercer acertadamente la dirección del gobierno e impulsar el desarrollo

del país por la senda que dichos oficiales consideraban correcta. Estamos a partir de entonces, y siguiendo con Olivar, frente a un “pretorianismo actuante” (2011, p. 116), en el que la tendencia de los dirigentes militares era adaptar monóticamente todas las instituciones existentes de acuerdo con sus propios preceptos de modernización, industrialización y participación política. Los movimientos militares desatados en Venezuela a mediados de la década de 1940 representaron de este modo lo que puede entenderse como la evolución de una institución que se consideraba lo suficientemente madura para actuar como garante de un proyecto político propio, y en este marco sus altos mandos, ahora en la cúspide del poder, postularon una consigna que pretendía ser unificadora: la “Doctrina del Bien Nacional”. En opinión de los mandos castrenses, la experiencia política previa a 1948 había resultado absolutamente traumática para la conservación de la paz y la seguridad social. La reiterada convocatoria a elecciones, las pugnas entre los diferentes partidos y la aparición de nuevos actores políticos, algunos de ellos salidos del seno de la clase trabajadora urbana y rural, amenazaban el equilibrio entre los sectores tradicionalmente vinculados al poder político y económico. De acuerdo con esta percepción, los intelectuales e ideólogos asociados al régimen sostenían que “más que vociferar demagógicamente las bondades de determinado sistema político, era siempre preferible construir sus bases sobre una realidad tangible, con el objeto de cambiar los hábitos y costumbres de un pueblo no apto para vivir en democracia” (Olivar, 2011, p. 126).

Se trataba de reimponer un antiguo *epos*, un esquema de pensamiento único que no admitía disidencias o vaivenes. Los exponentes del Nuevo Ideal Nacional, concepto gestado por la intelectualidad orgánica del gobierno militar, se referían insistentemente a la “transformación racional” del medio físico como condición *sine qua non* para vencer las barreras naturales que durante siglos habían dificultado la integración territorial, el saneamiento ambiental y el progreso económico de los centros urbanos. A su vez, también hacían hincapié en la necesidad de “promover el mejoramiento integral del territorio” (Olivar, 2011, p. 129), cuyo objetivo subyacente era regenerar los factores étnicos que constituían la población venezolana, a fin de erradicar de una vez y para siempre los instintivos hábitos heredados del pasado sociohistórico que favorecían la apatía por el trabajo, el comportamiento belicoso y la tendencia mitificadora, haciendo gala del más rancio positivismo decimonónico en pleno siglo XX, mediante un discurso que recordaba los postulados de Bunge, pensador para el que la América hispánica era una torre de Babel racial, pero, donde sin embargo,

“la pereza criolla era una cualidad madre, y a la que le atribuía la falta de imaginación entre las élites, la proclividad al caciquismo en política y, sobre todo, el desdén por el trabajo” (Hale, 1991, pp. 29-30).

Ahora bien, son realmente notorios los contrastes entre la realidad social venezolana que percibían los dirigentes del régimen militar impuesto en 1948, y el modo en que Rómulo Gallegos percibía, sentía y vivía aquella misma realidad. Es sabido que el autor contaba con una formación intelectual también decimonónica, y que a la hora de interpretar el contexto sociogeográfico de su país lo hacía asumiendo la necesidad de transformar “racionalmente” el territorio para aprovechar sus recursos potenciales.

Ciertamente, Rómulo Gallegos, a lo largo de su producción literaria, se refiere a las potencialidades desaprovechadas del país, a la energía de los ríos turbulentos que se pierde indefectiblemente al no poseer, en sus cauces, las represas y los diques que la contenga a fin de utilizarla para liberar las fuerzas del progreso venezolano; los frutos que dan naturalmente las selvas y que al ser mal explotados agravan la miseria del pueblo mientras engrosan unos pocos bolsillos, como en el caso del oro, el cacao y el purgüo. Toda la naturaleza pareciera estar aguardando la hora de la “planificación” y quizás por este motivo a Gallegos, del mismo modo que al personaje principal de *Canaima*, Marcos Vargas, le interese la “geografía viva, aprendida a través del relato de los caucheros” (Gallegos, [1935] 1984, p. 20). Aun bien entrado el siglo XX, da la sensación de que la tierra venezolana aguarda un proyecto *civilizadorio* que la despierte del letargo expectante en el que todavía se encuentra. No obstante, aunque sus pretensiones de progreso eran similares, a diferencia de otros proyectos, el de Gallegos tuvo muy en cuenta el margen de *flexibilidad* anteriormente mencionado con respecto a las tensiones que intentaba aliviar. Este rasgo le permitió expresar a través de sus obras el deseo de ver progresar el “desierto”, sin necesidad de recurrir a “vaciarlo” previamente, tal y como ocurrió, por ejemplo, en Argentina y Brasil durante las dos últimas décadas del siglo XIX.

Gallegos, de acuerdo con Mónica Marinone (2006), al igual que sus personajes, se desplaza hasta los bordes del mundo conocido en búsqueda de los otros y se erige como mediador simbólico entre distintos territorios y saberes. Con *Canaima* pone en cuestión los límites del conocimiento fundado en la racionalidad moderna. Desde esta novela y también desde *Doña Bárbara*, se desplaza hacia una zona fronteriza, como lo eran en ese entonces los llanos y las selvas, y desde allí intenta configurar un nuevo centro fundante de otro orden.

Consideraciones finales

El momento histórico y político que vive gran parte del continente suramericano nos ha motivado, como historiadores profesionales de la región y profundamente identificados con ella, a querer indagar una vez más sobre los derroteros conceptuales por los que gran parte de la intelectualidad latinoamericana navegó en la búsqueda, por momentos exhaustiva, de aquellos elementos que indujeran, al interior de nuestras naciones, a construir una mayor cohesión sociocultural, con el objetivo último de apuntalar y consolidar aquella abstracción conceptual que hasta el día de hoy se designa bajo el término “nacionalismo”.

Y si bien por lo estudiado en las obras más significativas de Gallegos no podemos decir que el autor tuviese la intención de construir un nuevo relato fundacional para su nación, sí podemos afirmar que existía una cabal diferencia entre el modo en que él interpretaba que debían renovarse los imaginarios sociales a fin de encauzar la comunidad venezolana sobre ejes más incluyentes e igualitarios, y el modo en que el poder político-militar concebía la modernización del espacio sociogeográfico del país, mediante la construcción y renovación de grandes obras de infraestructura que a la postre debían favorecer la integración regional del Estado nacional.

Aun cuando consideramos necesaria en toda organización territorial la integración física de sus componentes mediante la ejecución de obras estructurales, en Rómulo Gallegos, más allá de la transformación racional que promovían los mentores de la Doctrina del Bien Nacional, encontramos una más que interesante intención de revelar las tensiones geográficas y culturales, ya que para el autor era de enorme importancia remitirse al pasado nacional para reivindicar los sectores sociales y étnicos que la vieja República había excluido. Integrar al indígena y al afroamericano descendiente de la antigua mano de obra esclava era tan esencial como la consolidación de un mercado interno moderno y un poder político central independiente de los caciques regionales.

Podemos decir entonces que la obra de Gallegos es una manifestación cultural que, por un lado, intentó estimular la integración del complejo entramado social venezolano visibilizando su diversidad, y por otro, cuestionó la eficacia del orden establecido, en su dimensión sociopolítica.

También quisiéramos destacar algunas similitudes existentes entre la concepción que Gallegos tenía de la práctica política moderna y la forma en la que muchos de los miembros de la llamada Generación del 28 encararon la acción política. Aun cuando no podemos establecer, tal como ya lo mencionamos, un paralelismo ininterrumpido entre Gallegos y dichos

jóvenes, es muy posible que algunas concepciones teóricas del autor hayan llegado hasta ellos durante el tiempo en el que Gallegos se desempeñó como docente en el Liceo de Caracas. En este encuentro de Gallegos y los futuros protagonistas de la historia venezolana, podríamos decir que se produjo también un encuentro de “tiempos”. Las propuestas del primero, con su mensaje idealista, su énfasis en la importancia de erradicar para siempre el personalismo de la vida política venezolana, su fe en los partidos políticos basados en ideologías concretas, fueron todas visiones que de algún modo los nuevos dirigentes hicieron suyas. Incluso, percibimos cierta similitud entre las propuestas vertidas en los primeros artículos de *La Alborada* y los lineamientos programáticos del ARDI, agrupación que constituyó el germen de la futura Acción Democrática.

Para finalizar, hemos decidido encarar el estudio de la obra de Rómulo Gallegos porque creemos en la literatura como una formidable herramienta de análisis histórico, ya que ella contribuye en gran medida a forjar improntas en los imaginarios sociales, por un lado, y por otro porque puede colaborar significativamente en la tarea de romper con los pesados lastres de nuestras comunidades.

Como historiadores latinoamericanos estamos convencidos de que las posibilidades de trascender los límites históricos de nuestras naciones y nuestra región continental radican fundamentalmente en la capacidad que tengamos de modificar la percepción que nuestras sociedades tienen de sí mismas y de su entorno. Creemos que es únicamente en el seno de las ciencias sociales donde puede producirse el impulso creador que necesitamos para transformar las antiguas improntas y las pesadas subjetividades que nos legaron muchos de nuestros intelectuales de los siglos XIX y XX, y a las cuales debemos atribuirles no poca responsabilidad en haber originado espacios sociogeográficos cargados de exclusiones, que han atentado contra nuestro propio derecho de vivir y percibir nuestro medio de manera más acorde a las necesidades de los habitantes de esta parte del mundo: la nuestra. También tenemos la fuerte convicción o sensación de que en esta formidable empresa la literatura, tal como lo hizo en el pasado, va a desempeñar un papel preponderante.

● Reconocimientos

Este artículo es parte de la producción historiográfica del programa “Actores políticos y sociales en los espacios locales y regionales latinoamericanos (siglos XIX y XX)”,

financiado por la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, a través de la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SECyT) de la misma institución.

◆ **Lisandro Angelini**

Licenciado en Historia, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina. Profesor adscrito a la Cátedra Historia de América II, de la Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, y al programa “Actores políticos y sociales en los espacios locales y regionales latinoamericanos (siglos XIX y XX)”, de la misma universidad.

◆ **Enrique de Goycochea**

Licenciado en Historia, Cátedra de Historia Americana II, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina. Profesor adscrito a la Cátedra Historia de América II, de la Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, y al Programa “Actores políticos y sociales en los espacios locales y regionales latinoamericanos (siglos XIX y XX)”, de la misma universidad.

Referencias

- Biord, H. (2004). Historicidad y fidelidad etnográfica de un jefe civil de la ficción literaria: el caso de Ño Pernalete. *Presente y Pasado*, año IX, 9, 17, 90-114.
- Bohórquez, D. (2002). Vanguardia literaria e insurgencia política a comienzos del siglo XX en Venezuela. *Monteagudo: Revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, 3.^a época, 7, 137-146.
- Bohórquez, D. (2005-2006). Novela de formación y formación de la novela en los inicios del siglo XX en Venezuela. *Cuadernos del Cilha*, 7-8, 6-13.
- Donghi, T. H. (2005). *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- Dunham, L. (1957). *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México: Ed. de Andrea.
- Fauquié, R. (2008). Bajo el signo de la decadencia. (Un estudio del primer momento de la escritura de Rómulo Gallegos). *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*, 38. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero38/romgalle.html>
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.

- Gallegos, R. (1909). El factor educación I. *La Alborada*, I, 3, 58-61.
- Gallegos, R. [1925] 1943. *La Trepadora*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Gallegos, R. [1929] 2009. *Doña Bárbara*. Estados Unidos: Stockcero.
- Gallegos, R. [1935] 1984. *Canaima*. Barcelona: Biblioteca Letras del Exilio, Plaza & Janés.
- Gallegos, R. [1937] 1958. *Pobre negro*. Madrid: Aguilar.
- Gallegos, R. [1954] 1977. Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas. En *Una posición en la vida (1948-1954)*, tomo 2. Caracas: Centauro.
- Hale, C. (1991). Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina, 8. América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930* (pp. 1-41). Barcelona: Crítica.
- Liscano, J. (1961). *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas: Universidad de Venezuela.
- Lukács, G. (1989). *Sociología de la literatura*. Barcelona: Península.
- Marinone, M. (2006). *Rómulo Gallegos. Imaginarios de nación*. Mérida, Venezuela: Editorial El otro el mismo.
- Miliani, D. (2003). *Tríptico venezolano (narrativa, pensamiento, crítica)*. Caracas: Editorial del Cardo.
- Olivar, J. A. (2011). Prolegómenos de una dictadura militar y su filosofía del poder (1948-1958). *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 52, 113-137.
- Palti, E. J. (2009). *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sarmiento, D. F. (2000). *Facundo: civilización y barbarie*. Buenos Aires: Colihue.
- Zea, L. (1980). *Pensamiento positivista latinoamericano, I*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Zea, L. (1980). *Pensamiento positivista latinoamericano, II*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

